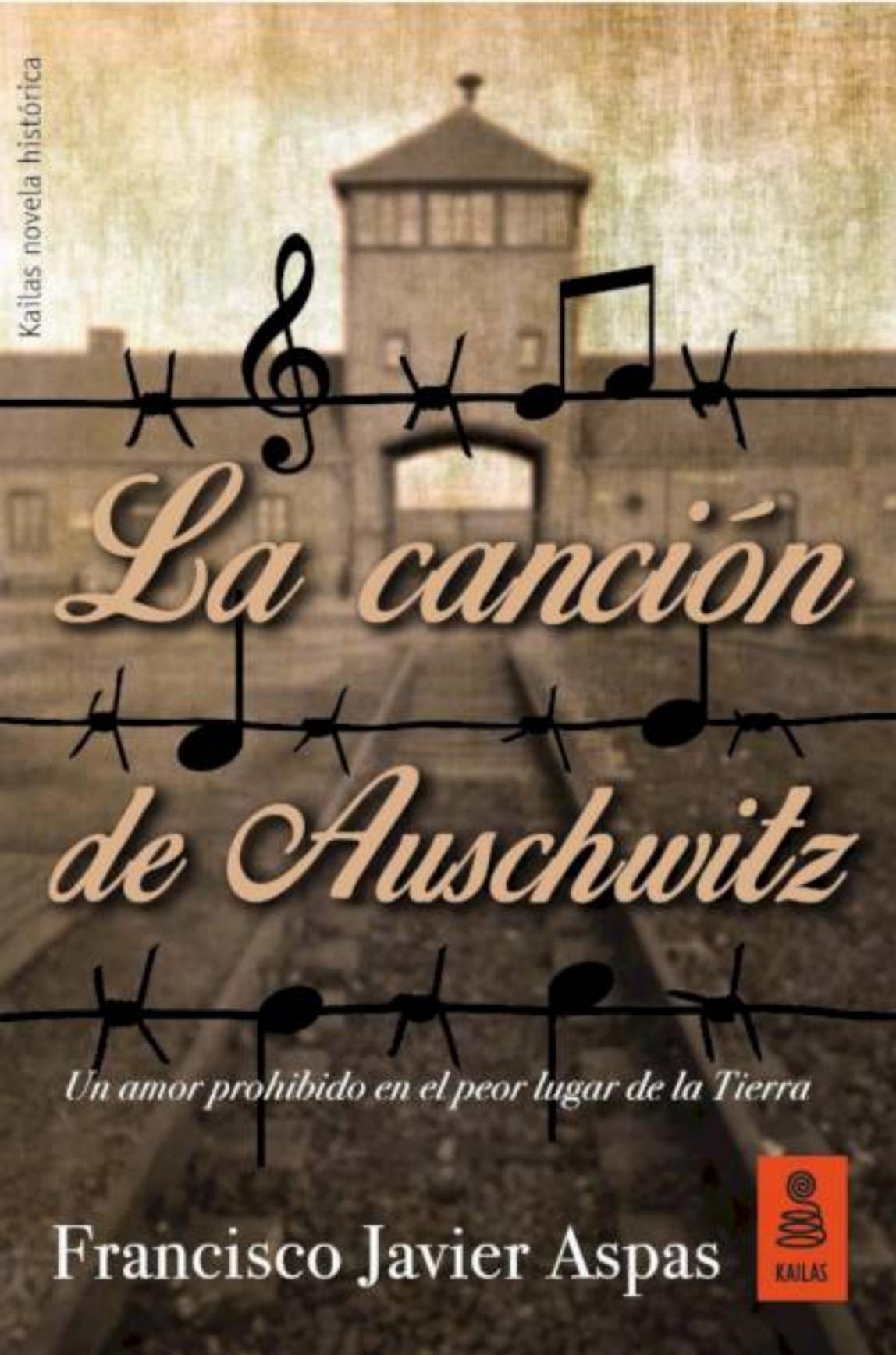


Kailas novela histórica



*La canción  
de Auschwitz*

*Un amor prohibido en el peor lugar de la Tierra*

Francisco Javier Aspas



# LA CANCIÓN DE AUSCHWITZ

FRANCISCO JAVIER ASPAS

*Una estremecedora novela que revela la posibilidad del amor en el campo de concentración en el que se exterminaron cientos de miles de vidas y de sueños.*

*Helena y su amiga Rivka, dos chicas judías de Eslovaquia, viajan hacinadas en un tren a una fábrica en Alemania junto a cientos de mujeres. Pronto descubrirán que su destino es, en realidad, una «fábrica» de eliminación de judíos.*

*Una de las noches en el barracón, para tranquilizar a una de sus compañeras, Helena canta una «canción prohibida» que cambiará su destino. En un ambiente tan infernal, en el que parece que no hay lugar para el amor, un joven de las SS se enamora de una bonita voz.*

*Basada en personajes reales y documentada de manera exhaustiva, La canción de Auschwitz muestra la cara más siniestra del ser humano y los sentimientos contradictorios de lealtad, compasión y culpa que afloran en situaciones extremas.*

*Título: La canción de Auschwitz*

*© 2018, Francisco Javier Aspas  
© 2018 de esta edición: Kailas Editorial, S.L.  
Calle Tutor, 51, 7. 28008 Madrid*

*Diseño de cubierta: Rafael Ricoy  
Realización: Carlos Gutiérrez y Olga Canals*

*ISBN ebook: 978-84-17248-14-7*

*ISBN papel: 978-84-17248-06-2*

*Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, foto-mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso por escrito de la editorial.*

*kailas@kailas.es  
www.kailas.es  
www.twitter.com/kailaseditorial  
www.facebook.com/KailasEditorial*

*Esta novela describe sucesos y personas reales, con diálogos ficticios, además de escenas y personajes añadidos por el autor.*

*A las víctimas del Holocausto.*

# PRÓLOGO

## EL TREN

*Estación de Poprad, norte de Eslovaquia. Marzo de 1942*

La joven rubia había resbalado y caído de bruces, perdiendo su atillo en la caída. Su rostro reflejó, sobre la placa de hielo que se había hecho en el suelo, un terror difícil de describir.

—¡Levántate! ¡Inútil!

Al levantar la vista, sus ojos tropezaron con dos botas de montar negras. Al elevar más la mirada, el uniforme negro del hombre que le gritaba transformó en oscuridad el brillo blanquecino de esa tarde de finales del invierno. Sobre la cabeza, la borla que decoraba el gorro con detalles dorados se balanceó dejando a la vista el escudo con el águila amarilla que sostenía entre sus garras un haz de varas. En el pecho del águila sobresalía un círculo azul y blanco con la cruz de dos brazos en su interior.

La mano de la joven morena que la acompañaba se extendió ante ella. La joven rubia la agarró con fuerza, ayudándose para levantarse. Recogió su atillo.

—Levántate Rivka. Por favor, levántate.

El soldado de la Guardia de Hlinka la empujó, golpeándola en la espalda con su fusil. El rostro de Rivka se contrajo en un gesto de dolor.

—Helena, yo...

Helena hizo un gesto con su mano, casi inapreciable, para que se callara. Marchaban en una larga fila junto a un tren de veinte vagones estacionado frente a la arcada de la puerta principal de la estación. Era un tren de vagones de madera, con puertas cruzadas por grandes cerrojos de hierro. Un tren de mercancías.

En la puerta de la estación se había concentrado un numeroso grupo de curiosos. Entre la maraña de cabezas, Helena había distinguido algunos rostros conocidos. Rostros de personas que hasta hacía muy poco habían sido sus vecinos. Ahora, les gritaban como perros salvajes toda clase de insultos imaginables:

—¡Largaos, putas judías! ¡No volváis nunca!

—¡Judíos, fuera de Eslovaquia! ¡Llevaos vuestra mierda a otro lugar!

—¡Que os maten, judías asesinas!

—¡Los alemanes sabrán que hacer con vosotras! ¡Os utilizarán de putas para sus perros!

Risas. Un grupo de jovencitos, poco más que niños, se divertían lanzando bolas de nieve sobre las mujeres más ancianas de la fila, que marchaban al principio. Soltaban grandes risotadas cuando alguna de ellas caía al suelo. Su particular éxtasis de diversión llegaba cuando los soldados de la Guardia de Hlinka golpeaban con sus fusiles a las ancianas, obligándolas a levantarse.

—Los alemanes no nos harán esto, ¿verdad, Helena? —preguntó Rivka con su habitual tono de ignorancia.

—No, Rivka. Ya te lo he dicho muchas veces. Jalenko me ha asegurado que trabajaremos en una fábrica, y que los alemanes nos tratarán bien...

—Pero Jalenko es uno de ellos, Helena.

Los ojos de Rivka se habían desviado hacia uno de los soldados de la Guardia de Hlinka.

—No, Jalenko no es como ellos. Tú lo sabes.

La respuesta de Helena no pareció satisfacer a Rivka. Bajo la gran arcada de la puerta principal de la estación, la

muchedumbre había cambiado los insultos hacia los judíos por un aluvión de gritos patrióticos.

—¡Eslovaquia, Eslovaquia! —gritaban unos.

—¡Tiso! ¡Tiso! —vociferaban otros.

De manera espontánea, de entre la multitud, alguien entonó las primeras estrofas del himno nacional, *Relampaguea sobre los Tatra*.

*Nad Tatrou sa blýska hromy, divu bijú...*

En pocos segundos todo el mundo cantaba alborozado, hasta los soldados de la Guardia de Hlinka que organizaban la fila.

Uno de esos soldados, un muchacho joven, de la misma edad que ellas, muy rubio y con el rostro enrojecido por el gélido y cortante viento, colocó violentamente una de sus manos sobre el pecho de Helena, provocando que se detuvieran bruscamente.

—¡Mujeres jóvenes! ¡Aquí, en este vagón!

Otros dos soldados corrieron a la puerta del vagón, descorrieron el cerrojo y la abrieron. La oscuridad de su interior pareció salir de él, cubriendo con un velo maligno las últimas luces de la tarde agonizante.

—¡Arriba! ¡Subid dentro! —bramó el joven soldado.

Helena lanzó su pesada maleta al interior del vagón. Había una altura considerable, así que apoyó sus manos en el borde, dio impulso a su cuerpo y consiguió ascender. Sintió como una de sus medias se rompía. Pero eso ahora no importaba. En cuclillas, extendió el brazo esperando que Rivka cogiera su mano. Pero su amiga no lo pudo hacer.

—¡Coge mi mano, Rivka!

—¡No puedo! —la muchacha solo consiguió lanzar su atillo dentro del vagón.

Helena se percató de que el joven soldado había hecho un gesto para deshacerse de la correa de su fusil y golpear con él a Rivka. Reaccionó rápido. Clavó sus ojos en los del

chico y, moviendo lentamente los labios, sin dejar salir ningún sonido de ellos, dijo:

—Ayúdanos.

El rostro del joven soldado parecía atribulado. Miró a ambos lados. Con un movimiento rápido, cogió a Rivka por la cintura y la ayudó a subir. Helena apretó fuerte la mano de su amiga y tiró de ella.

—Gracias —dijo Helena al joven soldado, moviendo solamente los labios.

Entonces el soldado habló:

—No me des las gracias, puta judía. El tren tiene que salir y esta mierda judía no puede quedarse en tierra.

Sin hacer caso del comentario del muchacho, Helena y Rivka se dieron lentamente la vuelta. Solo entonces vieron lo que había en el interior de aquel vagón.

Estaba atestado. Sesenta, setenta, ochenta, no podía precisar el número de personas que se encontraban allí hacinadas. Todas ellas muchachas jóvenes, como ellas. Todas tendrían entre los dieciséis y los veinticinco años, ninguna de más edad. Muchas de ellas las miraban con ojos aterrados. Otras dormían, agazapadas en el suelo, junto a sus pertenencias. O fingían dormir. Las había elegantemente vestidas, con ropas caras, chicas burguesas de ciudad. El aspecto de otras era harapiento, su ropa se había reducido a andrajosos camisones descoloridos, que alguna vez fueron blancos, cubiertos ahora de todo tipo de manchas que pueden provocar los fluidos humanos. Intentaban protegerse del frío con raídas mantas militares. Su cabello se veía sucio y desaliñado. Al final del vagón, había un tercer grupo de chicas, cuyas vestimentas delataban su origen rural. Chicas de campo. Solo había dos ventanucos, que permanecían cerrados y donde habían hecho unos agujeros para que entrara algo de luz y de aire.

—¿Qué es esto, Helena? Tengo miedo...

Helena había descubierto un hueco junto a una de las paredes del vagón.

—Tranquila, Rivka, no te preocupes. Mira, nos colocaremos allí.

Se quitó el pañuelo que cubría su negro cabello, y se tapó con él la nariz y la boca. El hedor del vagón era insoportable, nauseabundo. Un desagradable olor a orina rancia y excrementos humanos lo impregnaba todo. Helena no sabía de dónde procedía ese tren, ni cuánto tiempo llevaban todas esas muchachas allí dentro. Pero presentía que era mucho.

Caminaron hacia el último hueco disponible, mientras los ojos temerosos de las demás muchachas las seguían sin apartarlos de ellas. Helena colocó su maleta en el suelo y se sentó sobre ella.

—Ven aquí, Rivka. Siéntate junto a mí.

La joven obedeció, como hacía siempre. Dos años menor, Helena ejercía sobre ella la influencia de una hermana mayor. Colocó sobre el regazo de sus piernas el pequeño atillo.

En los pocos minutos que llevaban en ese vagón, Helena había escuchado lenguas diversas. Eslovaco, checo... incluso le pareció oír algunas palabras en alemán. Eso le hizo sentir bien, Jalenko le había dicho que se dirigían hacia una fábrica en Alemania, y ella entendía algunas cosas en alemán. Le costaba construir frases y difícilmente podría llevar una conversación, pero lo comprendía bastante bien, sobre todo si estaba escrito. Incluso conocía alguna canción en alemán. Tenía que agradecerse a su profesora en la escuela judía, Frau Richter. Frau Richter era una judía alemana originaria de Fráncfort, que le había dado algunas clases de alemán cuando terminaban sus lecciones diarias, al descubrir el interés que Helena mostraba por los idiomas. Claro, eso fue antes de que los hombres de Hlinka llegaran al poder y Frau Richter desapareciera para siempre. Como desaparecieron tantos otros.

—Helena, los alemanes no serán así, ¿verdad? Ya sabes, quiero decir como los soldados de Hlinka...

Helena sonrió. Retiró un mechón rubio de cabello rebelde de la frente de su amiga.

—No, Rivka, te lo he repetido muchas veces. Los alemanes son un pueblo culto, instruido. Un pueblo educado. Frau Richter me decía que los hombres son auténticos caballeros, y las mujeres damas distinguidas. No tienen nada que ver con esos eslovacos paletos que nos han increpado en la estación.

—Y esa fábrica... ¿sabes cuál será nuestro trabajo allí?

—No, Jalenko no me ha comentado nada al respecto, solo que los alemanes nos darán trabajo y protección. Y que nos tratarán muy bien, como solo ellos saben tratar a las señoritas.

—Jalenko. No me gusta Jalenko. Helena, una vez él me llamó...

—Déjalo ya, Rivka. ¿Crees que yo iba a dejar a mis padres, a mi hermana y a mis sobrinos bajo la protección de Jalenko si sospechara de él? Jalenko es un buen hombre, solo que se ha dejado arrastrar por la situación y por...

—Y porque te desea a ti, Helena.

Helena guardó silencio. Eso era verdad, pero estaba orgullosa porque nunca había cedido a las presiones de ese amigo de su familia. Nunca. Ella siempre recordaba las palabras que le había dicho su padre al convertirse en mujer: «Recuerda que eres una mujer judía, hija mía. Y que siempre lo serás». Jalenko no era un hombre judío, y ella tenía que esperar a que un hombre judío le propusiera matrimonio, solo a él podría entregarle su cuerpo y su alma.

Fuertes gritos llegaron del exterior, alarmando aún más a las muchachas que se hacinaban en el vagón. Todas las miradas se dirigieron a la abertura de la puerta.

—¡Cerrad las puertas! ¡Rápido! ¡Cerrad las puertas!

Vieron llegar a dos soldados de la Guardia de Hlinka, que se apresuraron a cerrar la puerta. El chirriar del cerrojo provocó que Helena se estremeciera.

La oscuridad lo envolvió todo.

## 1

## LA FÁBRICA. SELECCIÓN Y REGISTRO

Antes de que el tren aminorase la marcha, empezaron a escuchar el ajetreo y los gritos en alemán. La expectación y el nerviosismo hicieron acto de presencia en el oscuro y atestado vagón.

—¿Ya estamos en Alemania, Helena? —preguntó Rivka con voz nerviosa y asustada.

—No creo, no puede ser. Solo llevamos unas horas de viaje, Rivka. Esto no puede ser Alemania...

—Pero esas voces que se escuchan suenan a alemán, ¿no? Y el tren se está deteniendo. Jalenko te dijo que la fábrica estaba en Alemania.

—No sé por qué nos detenemos aquí. Pero estoy segura de que esto no es Alemania.

El tren se detuvo. Las carreras y los gritos arreciaron en el exterior. Helena había llegado a perder en el interior de aquel nauseabundo vagón la noción del tiempo, pero aun así, calculó que debía de estar a punto de amanecer.

Un estrépito se escuchó en el vagón. Ya no era solo la cantidad de muchachas que viajaban en él, además, había que sumar los equipajes y las pertenencias amontonadas por todos los lados. Una montaña de maletas había caído al detenerse el tren, propiciando el estrépito.

Una muchacha muy joven, casi una adolescente, corrió por la oscuridad del vagón al escuchar el ruido.

—¡Mi violín! ¡Mi violín! —gritaba como una loca.

—¡Olvida tu jodido violín! —bramó una voz en otro lugar del vagón—. ¡Van a matarnos a todas y solo te preocupas por tu jodido violín!

—¿Van a matarnos a todas? ¿Por qué dice eso, Helena? —La voz de Rivka sonó temblorosa.

—No lo sé, Rivka. ¡Y deja de hacer tantas preguntas! —le reprendió Helena.

El sonido chirriante del cerrojo al abrirse provocó que todas las muchachas se pusieran en pie y todas las miradas se desviarán hacia la puerta.

La puerta se abrió. Un viento gélido penetró en el interior del vagón.

—¡Aire! ¡Aire fresco! —gritaron las muchachas más cercanas a la puerta.

De todos los escenarios posibles, el que estaba viendo con sus ojos era el único que Helena no había valorado. Quizá Rivka tuviera razón. Quizá esa rata inmunda de Jalenko le había engañado.

El tren se había detenido en las vías. No se divisaba ningún apeadero cercano. A través de la espesa e intensa niebla de la madrugada, solo se distinguían soldados. Soldados con uniformes grises del ejército alemán. Todos portaban pesados fusiles y metralletas. Y perros, perros rabiosos que brincaban, gruñían y soltaban dentelladas ciegas, invisibles tras sus feos bozales. Algunos de los soldados apuntaban con sus fusiles al interior del vagón. Otros, las enfocaban con sus deslumbrantes linternas. Helena y Rivka se cubrieron los ojos con las manos.

—*Raus! Alles raus!*

Primero fue solo uno, pero después se unieron muchos más. Mientras apuntaban con sus fusiles, los soldados gritaban esas palabras a una multitud de muchachas asustadas que no sabían lo que tenían que hacer.

Fueron las chicas que Helena había escuchado hablar en alemán las primeras que arrojaron sus maletas a las vías y saltaron sobre la nieve congelada. Una marabunta de muchachas se abalanzó hacia la puerta, arrastrando a Helena y

a Rivka a su paso. En el exterior, los gritos de los soldados no cesaban,

—*Alles raus! Alles raus! Schnell!*

Helena lanzó su maleta y saltó sobre la nieve. Se torció un tobillo en su caída. Pero haciendo caso omiso del pinchazo de dolor que ascendió por su pierna, se giró hacia la puerta del vagón, donde Rivka se había quedado detenida, abrazando el atillo sobre su pecho.

—¡Salta, Rivka! ¡Tira el atillo y salta!

La joven saltó cayendo a los pies de Helena, que la ayudó a levantarse. Recogieron la maleta y el atillo y se posicionaron en una de las filas que los soldados estaban formando ayudándose con las culatas de sus fusiles.

—¿Qué lugar es este, Helena? ¿Dónde estamos?

Helena no contestó. Observó que solo tres de los vagones se habían abierto. El resto permanecían herméticamente cerrados. Solo las muchachas más jóvenes habían descendido del tren. No lo habían hecho las ancianas, ni los niños, ni sus madres, ni las jóvenes embarazadas que había visto subir en la estación de Poprad. Además, mientras empezaban a caminar por ese tramo de vías, Helena pudo ver como uno de los soldados hizo un gesto con la mano hacia la locomotora, acompañado de un potente silbido. La locomotora resopló, lanzando un chorro de humo al cielo blanquecino. El tren se puso en marcha. ¿Adónde se dirigía?

La niebla impedía, todavía, que pudieran distinguir hacia donde se encaminaba la fila de mujeres escoltada por los soldados. Por lo menos, los gritos habían cesado, si bien, aumentaban en la lejanía. Helena observó como potentes focos de camiones militares se acercaban lentamente hacia un camino cubierto de nieve negruzca y barro, por el que había empezado a caminar la columna de muchachas. Los vehículos llevaban una grotesca cruz roja pintada en las puertas. De ellos, descendieron hombres con ropas sucias y aspecto desaliñado. Recordaban a prisioneros. Se colocaron alrededor de los camiones, en espera de algo desconocido.